

UBICACION HISTORICA DEL PARTIDO SOCIALISTA

Por Oscar Waiss



Salvador Allende y Oscar Schnake, Ministros de Salubridad y Fomento durante el Gobierno de Pedro Aguirre Cerda.



Carlos Altamirano



Adonis Sepúlveda



Hernán del Canto



Clodomiro Almeyda

Se ha escrito mucho sobre el Partido Socialista y, pese a ello, lo sustancial aún está por decirse, pues este movimiento tiene características que lo distinguen de la totalidad de los partidos similares en el mundo y su acción se proyecta en una etapa también singularmente distinta a otras experiencias históricas. La complejidad en la interpretación y los "compromisos" que bien o mal atan a quienes pueden intentar la exégesis, "limitan" sus alcances y han dejado inéditas ciertas conclusiones de fondo.

Pero cuarenta años ya son un plazo suficiente como para elevarse sobre los prejuicios y las tensiones "domésticas" lo que nos permite cierta libertad en el juicio y una visión retrospectiva más amplia. Intentaré la aventura plenamente convencido de que no daré satisfacción a todos, pero que ofrezco un "aporte" para una confluencia ideológica y política, urgente en cuanto atravesamos por un periodo en que la incoherencia teórica incentiva energías centrifugas, potencialmente peligrosas para la unidad y para el porvenir del socialismo chileno.

LA TORMENTOSA DECADA DEL 30

La dictadura de Ibañez se derrumbó el 26 de julio de 1931 y originó una situación caótica en que el "civilismo" tradicional y conservador chocaba con las tendencias revolucionarias de las masas trabajadoras. El civilismo reclutó a los elementos reaccionarios y se atrincheró tras la Presidencia de Juan Esteban Montero, un radical tranquilo, moderado y esencialmente abúlico, a quien pude conocer muy bien, ya que fué mi profesor de Derecho Civil, cátedra que no abandonó ni siquiera cuando debió trasladarse a La Moneda. En esos años los radicales representaban al sector derechista y en la Universidad de Chile no se conocían, prácticamente, grupos representativos de los partidos liberal o Conservador. En algunas facultades aparecían los primeros conservadores "progresistas" y en la tribuna dábamos cabida a hombres como Bernardo Leighton, que venía desde la Católica para sumarse a las asambleas laicas.

La agitación popular era vigorosa y entre otros episodios significativos, subrayó la Pascua trágica de Copiapó y Vallenar, que costó la vida a decenas de trabajadores del norte chico y la insurrección de la marinería, alzamiento "espontáneo" en que poco o nada tuvieron que ver los partidos de la extrema izquierda "mito" surgido después de los hechos debido a que algunos dirigentes ingresaron a la militancia activa. Si ese episodio hubiera tenido efectivamente una dirección responsable, quizás la revolución chilena estaría mucho más adelantada.

El 4 de junio de 1932 expresó violentamente el malestar de la clase obrera y la potencia de los sectores revolucionarios pasando por encima de la dispersión orgánica del movimiento de la izquierda. Cayó Juan Esteban Montero y el adocenado civilismo se batió en retirada "ante el avance" de una multitud que había encontrado sus intérpretes en el Comodoro de Aviación, Marmaduke Grove Vallejos y en el abogado Eugenio Matte Hurtado, quienes impulsaron medidas de beneficio para los explotados con la consigna central de "pan, techo y abrigo". El programa "económico-social" de los ejecutores de aquella acción contemplaba la reforma agraria, la disolución de la COSACH, la nacionalización del salitre, el Banco del Estado, el control del comercio exterior e interior, la reforma educacional y otras medidas cuya audacia explica la honda repercusión de aquel llamado a la eliminación del sistema capitalista vigente.

Ese desafío sólo subsistió por doce días pero permaneció como una bandera de esperanza a través de los años. La República Socialista sucumbió herida por dentro —sectores burgueses infiltrados— y arrasada por fuera merced a la debilidad de su mando. No se le entregaron armas al pueblo a fin de que mantuviera su bastilla y prácticamente no hubo resistencia ante la reconquista del poder por la burguesía. Los partidos y grupos marxistas se entrevistaron en una academia verbalista, que funcionó en el Salón de Honor de la Universidad de Chile y que tomó el nombre de CROC, o sea Consejo Revolucionario Obrero y Campesino, escenario de una maratón de discursos cada uno más iconoclasta que el anterior.

Conoci bien el CROC. Fui designado para su Secretariado y salí directamente de la tribuna del Salón de Honor a la inhóspita Isla Mocha, justamente en la noche del 16 de junio de aquel tormentoso año de 1932.

LA FUNDACION DEL PARTIDO

Durante los años 1931 y 1932 surgieron múltiples organizaciones de izquierda. En la Universidad de Chile se organizó el "Grupo Avance" al cual pertenecieron Salvador Allende, Roberto Alvarado, Enrique Sepúlveda, Tomás Chadwick, José Manuel Calvo, Haydée Alarcón, Manuel Contreras Moroso, Luis Ernesto Muñoz, Federico Klein, Luis Herrera González, Astolfo Tapia, Magallanes Díaz Triviño y varios cientos más. Recordemos al Partido Radical - Socialista, la Nueva Acción Pública, el Partido Socialista Marxista, la Orden Socialista, la Acción Revolucionaria Socialista, el Partido Socialista Unificado, el Partido Socialista Internacional y otros que sería inoficioso enumerar.

El Partido Comunista había emergido de la época de Ibañez bastante debilitado y estaba sometido a la orientación del "tercer periodo" de la Internacional Comunista, o sea estaba proyectado hacia un extremismo formal y un sectarismo cerrado, que imposibilitaban su desarrollo y limitaban su influencia. Un grupo disidente evolucionó hacia el trotskismo y se estructuró en la Izquierda Comunista, sector que sólo se volcó al Partido Socialista en 1936. Así llegamos al partido en la fecha señalada con Manuel Hidalgo Plaza, Emilio Zapata Díaz, Ramón Sepúlveda Leal, Julio Benítez Castillo, Luis Herrera González, Guillermo Pedreros, Carlos Videla, Pablo López, Manuel Contreras Moroso, Humberto Mendoza Bañados, Luis Ernesto Muñoz, Carlos Acuña, Miguel Araya, Benjamín Rojas, Manuel Leiva y todo el resto de la organización, menos un pequeño grupo que siguió adherido a la naciente Cuarta Internacional con el nombre de Liga Comunista.

El llamado a la fundación del partido encontró eco en la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista, la Acción Revolucionaria Socialista y la Nueva Acción Pública, que formaron el "Partido



1938.- Los líderes del Partido Socialista Marmaduke Grove y Oscar Schnake se saludan durante la gran concentración y desfile de las unidades unificadas socialistas realizadas ese año.

Socialista" así, a secas, sin apellido, y eligieron como Secretario General a Oscar Schnake Vergara y como "líder" a Marmaduke Grove Vallejos. Su Comité Central estuvo formado por una mayoría de intelectuales y su declaración de principios se redactó en forma ecléctica, más allá de toda vinculación foránea, ya tuere con la Tercera Internacional Comunista o con la Segunda Internacional Socialista.

Los que no ingresamos al partido, en esa oportunidad, pensamos que era imposible evadir una ubicación doctrinaria clara en el contexto de la lucha revolucionaria mundial y que el nuevo partido estaba condenado a convertirse en un movimiento limitado y sin destino. Influenciados por el "rigorismo" consignista de la época, no pudimos o no supimos prever el acelerado crecimiento de este partido "sin apellidos" y sin clasificación o etiqueta. Nos vimos sorprendidos por el fenómeno masivo y aprendimos una cosa: que el Partido Socialista respondía a una impostergable necesidad de la revolución chilena.

Comenzaron, entonces, las más grandes jornadas de lucha de los trabajadores chilenos en el curso de su historia mientras hervía en el mundo la conflagración bélica y la humanidad se jugaba la suerte en un enfrentamiento total. Días de la avalancha nazista en Alemania, de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial. El Partido Socialista se robusteció con una verdadera avalancha popular, formó sus milicias uniformadas, barrió al nazismo de González von Marées, se convirtió en la "revolución en marcha" y desembocó en el Frente Popular, previo su paso por el Block de Izquierdas.

Si los jefes del socialismo, de esa época hubieran tenido mayor fe en la revolución y más confianza en el destino partidario, se habrían negado a la fatal absorción que significó el "frente popular" impuesto en Chile por el Partido Comunista, después del entierro de aquel "tercer período" que lo había aislado por muchos años. Muchos intentamos esa lucha imposible y así lo recuerdan los camaradas Fernando Casanueva Valencia y Manuel Fernández Canque en su reciente libro "El Partido Socialista y la Lucha de Clases en Chile", de la editorial QUIMANTU. Yo escribí un folleto titulado "¿Grove al poder o frente popular al poder?", sin conseguir que cambiara el curso ineluctable de los acontecimientos.

Se trataba de mantener el "centro de gravedad" en la clase obrera y eludir la penetración ideológica y política del radicalismo, o sea de la burguesía "progresista" en un anticipo de la línea que terminó imponiéndose años después en el partido y que constituye su "esencia" doctrinaria y la razón de ser de su recuperación orgánica. Yo diría que la "receta" teórica partió de esos años y que quienes nos opusimos a que el partido vendiera su derecho a la primogenitura por un plato de lentejas, estábamos forjando el porvenir y la individualización del socialismo chileno.

Cuando el partido consumó su entrega y contribuyó a la elección de Pedro Aguirre Cerda surgió un ala "inconformista" encabezada por César Godoy Urrutia, que terminó escindiéndose en el Partido Socialista de Trabajadores, el año 1939. No fué la primera división, pero sí la que tuvo más fundamento ideológico, porque no respondía a un caudillismo ocasional sino a una desconfianza muy seria acerca de las consecuencias de entregar la administración de los cambios a una coalición dominada por los radicales. El Partido Socialista de Trabajadores desapareció lánguidamente y algunos ingresaron al Partido Comunista, mientras otros regresamos a nuestro partido madre. No tiene importancia, ahora, analizar las causas de esa extinción ya que la "tendencia" revolucionaria terminó imponiéndose en el partido.

Había pasado, sí, el tiempo de las vacas gordas y un movimiento que pudo arrostrar a todos los otros y erigirse en el gran cauce de la renovación nacional, había "declinado" hasta convertirse en un partido más, debilitado, anarquizado y disminuido.

EL TALON DE AQUILES

El retroceso provenía de la formación heterogénea de los cuadros, que excluía la cohesión ideológica y fomentaba, a contrario sensu, el personalismo y las ambiciones. Siempre imperó un gran desprecio por la teoría y quienes planteábamos posiciones justas éramos anatematizados como "pildoreros del marxismo" definición que nos adjudicaba Oscar Schnake, quien, por su origen anarquista, jamás comprendió cabalmente la necesidad de un programa coherente. Lo que él llamaba las "grandes líneas" no pasaban de ser orientaciones muy generales, y como decía Ravaissón, las generalidades no son filosóficas. Una cosa es el rechazo del consignismo y del sectarismo y otra muy distinta, el **pot pourni** teórico que deja a un partido de avanzada a merced de las infiltraciones, los "entrismos", las explosiones internas y las absorciones planificadas.

Ese era el "talón de Aquiles" del Partido Socialista y pagó su debilidad con esa sucesión de divisiones que fueron descritas como las de un "choclo que se estaba desgranando". Primero fue un pequeño grupo en Valparaíso, luego se sublevaron figuras más importantes, como Amaro Castro, Ricardo Latcham, Arturo Natho y otros, hasta que finalmente se alzó el propio "líder vitalicio", Marmaduke Grove, y se escindió el Partido Socialista de Trabajadores. Comenzaron a convivir dentro de las filas partidarias dos tendencias tan definidas que pude decir en mi libro "El Drama Socialista" que el partido tenía dos almas: el doctor Jekyll, y Mister Hyde.

El Partido Socialista creció debido a que llenó un vacío político, la necesidad de "una dirección popular fuerte, y por ello surge como el primer partido "nacional", por encima de toda otra consideración. No conquistó el poder —adelantando el proceso de la revolución chilena— por su debilidad conceptual, jamás comprendida y jamás enfrentada seriamente. Ello resquebrajó el frente interno, preñándolo de incomprensiones y de falta de fraternidad entre los militantes. Por lo mismo aparecieron "caudillos" que encabezaron divisiones, con vistas a preeminencias electorales o participaciones colaboracionistas en el Gobierno.

El socialismo chileno pudo entonces "ser pasto de otras tiendas y terminar "absorbido" lo que casi aconteció entre los años 1943 y 1944, cuando el Partido Comunista lanzó la idea de lo que entonces se llamó el "partido nuevo". Este episodio ofrece una clara perspectiva de la gradual disminución orgánica y política del que fuera el mayor movimiento popular en la historia de Chile.

UN DIALOGO DECISIVO

A comienzos de 1944 era Secretario General del partido el camarada Salvador Allende y un Pleno se reunió arengado por Grove quien pidió que "nadie guarde su opinión". El Secretario General, en su informe, expresó que se aceptaba una "acción conjunta entre comunistas y socialistas, en torno a un plan esbozado por nosotros, de alcance político, parlamentario, electoral y sindical" pero que se rechazaba rotundamente una posible "unidad nacional" que contradecía la existencia misma del socialismo chileno. Aceptó la posibilidad de un partido nuevo, pero con "etapas previas" y además "cuando las circunstancias lo permitan y la realidad social lo reclame" y donde "no se vaya a hacer parcela de los viejos grupos políticos y en que no se vaya a tratar de imponer, en trabajo fraccional, determinados sectores".

En la carta enviada al Comité Central del Partido Comunista, decía Salvador Allende: "Los socialistas comprendemos que los estrechos moldes partidarios y las estrechas limitaciones de interés proselitista han de sufrir, como consecuencia de hechos reales, una superación que obligue a los hombres que sienten profundamente la responsabilidad de la acción pública y la inquietud de los sectores populares, a ubicarse definitivamente en las agrupaciones y partidos que representen, con esa nueva actitud, sus principios, sus ideas y sus intereses".

La carta-respuesta del Comité Central del Partido Comunista la firmaron Elias Laferte y Humberto Abarca, y en ella se insistía en la "Unión Nacional Antine-



Salvador Allende y Aniceto Rodríguez, en un momento de la marcha y lucha del Partido, ocuparon el cargo de Secretario General del socialismo. Los vemos aquí el año 1960.

zi" incluyendo a sectores "no izquierdistas" con el objetivo final de vencer al fascismo. Este diálogo se ha repetido vanas veces entre los dos principales partidos de la clase obrera, siempre teniendo como centro el rol de las capas sociales en la conducción revolucionaria y ha primado en los documentos socialistas la preocupación por eliminar las concesiones a toda ingerencia determinante ajena a la clase históricamente llamada a demoler el régimen capitalista. Tal es la esencia de una línea que terminó conociéndose como la de "frente de trabajadores".

El año 1946 marcó un hito muy importante en las relaciones de ambos partidos, pues el Comunista insistió en su línea de "frente popular" apoyando la candidatura presidencial de Gabriel González Videla quien había sido no solamente anti-izquierdista sino que organizador de las terroristas "guardias blancas" en los días de la Pascua trágica de Copiapó y Vallenar y de la insurrección de la marinería, mientras que el Partido Socialista únicamente pudo preservar su precaria unidad interna levantando la postulación de su Secretario General, Bernardo Ibañez Aguila, encochado enemigo de los comunistas y potencial traidor de la clase obrera y de la izquierda. Los 10.000 sufragios que cosechó Ibañez Aguila marcaron el punto más bajo del descenso partidario. La victoria de González Videla implicó el más grave de los distanciamientos entre socialistas y comunistas, produciéndose un enfrentamiento que llenó de sangre el abismo entre las dos organizaciones.

El ala derecha del socialismo se vinculó a una organización de extrema derecha que se denominó ACHA, o sea Acción Chilena Anticomunista, en la cual se hacían ejercicios de tiro sobre figuras que representaban a Elias Laferte, Carlos Contreras Labarca y otros líderes comunistas. Esta grosera desviación terminó en la última de las grandes divisiones, consiguiendo Juan Bautista Rosetti el reconocimiento del Registro Electoral pese a representar la fracción que tenía menos parlamentarios y ningún miembro del Comité Central ya que la izquierda del partido había ganado el XIº Congreso Ordinario efectuado en Concepción, en noviembre de 1946.

LAS DOS GRANDES TRIBUS

La fracción mayoritaria se vio obligada entonces, a denominarse Partido Socialista Popular mientras que la minoritaria se pasó a llamar Partido

Socialista de Chile, apareciendo por primera vez los apellidos a continuación del nombre original. Por una de esas peculiaridades del proceso social chileno ninguna de las dos tribus perdidas caminó hacia la derecha, sino que mantuvieron milagrosamente la elemental y débil concepción común sobre el carácter de la revolución y el rol de los trabajadores en ella. El Partido Socialista de Chile se deshizo de los elementos furiosamente anticomunistas y celebró un pacto de acción común con el partido de Lafertte. El Partido Socialista Popular se orientó firmemente hacia el marxismo-leninismo y elaboró el primer programa racional del socialismo chileno, redactado en una Conferencia de Programa bajo la batuta de Eugenio González Rojas, viejo tercio y destacado valor intelectual de la izquierda revolucionaria.

Después del período presidencial de Carlos Ibáñez, en que el Partido Socialista Popular jugó un rol determinante, ambas ramas se encontraron en frentes comunes y se terminaron confundiendo en el apoyo a las sucesivas candidaturas de Allende, produciéndose la fusión en 1958, durante un Congreso de Unidad que se efectuó en el edificio del Congreso Nacional. A través de esta lucha se rehizo el frente común con el Partido Comunista y sobre ese eje se hizo rodar el carro de la acción popular hasta conseguir la victoria parcial de 1970, que colocó a los trabajadores chilenos en la actual etapa de transición del capitalismo al socialismo.

Estos hechos nos llevan, fatalmente, a pronunciarnos sobre dos problemas que han sido foco de discusión y de polémica en el mundo de la izquierda.

VIA PACIFICA Y VIA REVOLUCIONARIA

¿Quién ha tenido, al fin, la razón en el enfoque de la revolución chilena? ¿Los comunistas, partidarios de sumar fuerzas a las de la clase obrera, o los socialistas, empeñados defensores del frente de trabajadores? Este es el primero de los dos problemas.

La respuesta la ha dado la vida, siempre más rica en soluciones que la doctrina, pura, y una vez más los trabajadores chilenos se han encontrado abriendo una huella no explotada por otras experiencias históricas.

La victoria electoral la obtuvo una "coalición" de partidos, pero no sería totalmente justo hablar de una "coalición de clases" ya que el radicalismo de 1970 estaba lejos de ser el de 1938. Los radicales aliados de la gran burguesía y del imperialismo apoyaron ahora a Jorge Alessandri, mientras que el "pueblo" radical, formado principalmente por trabajadores con cuello y corbata, o sea empleados del sector público y privado, maestros y profesionales, estuvieron junto a comunistas y socialistas, apoyando a Salvador Allende. El "centro de gravedad" estuvo en la clase obrera y esto diferencia hondamente a la Unidad Popular de 1970 con el Frente Popular de 1938. Podría sostenerse que el Partido Socialista impuso su concepción de "frente de trabajadores" y que de allí deriva el dinamismo creador de esta combinación partidaria.

El impulso inicial derivó de una lucha electoral por la Presidencia de la República pero la "puntada final" está por darse, ya que tener una parte del "poder" no es estar cabalmente en el "poder". La vida nos ofreció una perspectiva que solucionó dialécticamente la controversia, dejando "suspendida" la respuesta al curso de acontecimientos en que lo esencial es "mantener" la unidad, por encima de toda otra clase de consideraciones. No hay tiempo para discusiones bizantinas ni para resolver si son galgos o son podencos. La lucha es tan continua, tan intensa, tan definitiva, que lo único importante es darla estrechamente unidos en torno a los intereses de los trabajadores y contra las hordas desenfrenadas de la reacción y del fascismo.

Los puntos de vista sobre esta materia se han enriquecido porque en los últimos trece años se ha modificado el contexto de la revolución en el continente, con motivo del triunfo de la revolución cubana y todas las secuelas operadas en los movimientos latinoamericanos. Una progresiva "continentalización" de la lucha ha resultado imperativa, pues Cuba gravita fuerte y duramente sobre las conciencias de nuestros combatientes. Los viejos y tradicionales partidos, con sus clásicas concepciones de lucha, se han visto superados por grupos armados, guerrillas alzadas y acciones urbanas muy violentas en países como Brasil, Guatemala, Venezuela, Perú, Argentina/Uruguay, Colombia, o Bolivia. Nosotros hemos sido, una vez más la excepción porque al abrirse la perspectiva del Gobierno Popular se nos ofreció un generoso campo para volcar la situación en una forma no prevista claramente pero rica en incalculables posibilidades.

ETAPA DE TRANSICION

¿Es el nuestro un "reformismo" sin destino? ¿Hemos abandonado el camino de la revolución por el atajo del colaboracionismo de clases? Tal es el segundo problema.

Las revoluciones no se importan ni se exportan y el ejemplo cubano es válido como experiencia, siempre que no se le convierta en el cartabón de todos los procesos. Si traigo este asunto a **la mesa** de las autopsias no es para introducir un tema **ajeno** a la materia tratada, sino que para ofrecer una **perspectiva** justa en la vida interna del partido.

En efecto, la situación de hoy ofrece, en otro nivel, semejanzas con la época de la fundación, pues han afluído a nuestras filas compañeros de diversas formaciones ideológicas y portadores de distintas concepciones estratégicas y tácticas. No creo tanto en la "doble militancia" formal, como en la "doble militancia" espiritual que es, proporcionalmente, mucho más dañina, si no se la enfrenta a través de un decantamiento teórico muy serio. El Partido Socialista de Chile es el único que está en condiciones de volcar su aparente "infiltración" mediante una "absorción" doctrinaria y política que se traduzca en un perfeccionamiento unitario y orgánico.

Para que esto se convierta en una realidad concreta se requiere que la dirección nacional convoque a un Congreso o Conferencia para "reformular" un programa común, asimilando las experiencias de los últimos años, o sea "modernizando" los planteamientos que ya han sido sobrepasados por los hechos his-

tóricos. La etapa de transición del capitalismo al socialismo la estamos forjando dentro de un contexto internacional diferente, con un tercer mundo a la ofensiva y con pueblos decididos a lograr nuevas formas de organización económica y social. El discurso de Allende en la Asamblea General de las Naciones Unidas tuvo una ancha repercusión porque interpretaba fielmente un duelo entre la humanidad que brega por salvarse y los grupos monopolistas y multinacionales que cierran las puertas a las nuevas formas de convivencia. No podemos transar en la medida misma en que no tenemos derecho a equivocarnos ni a defraudar a los desposeídos y no somos reformistas en proporción directa a nuestra voluntad de no hacer concesiones y de luchar a muerte contra el régimen capitalista y las clases sociales que lo sustentan.

No somos como esos "seudorrealistas" de que hablaba Lenin en el "Estado y la Revolución" que sustituyen la lucha de clases por "sueños sobre la reconciliación de clases" ni creemos en el socialismo pequeño-burgués que sublima a un "Estado por encima de las clases". Pero tampoco caeremos en la "desviación" infantil de continuar aplicando los mismos métodos de lucha contra el capitalismo, mientras el Poder Ejecutivo o sea una parte del "poder total" esté en nuestras manos, ya que al debilitar al Gobierno Popular estamos objetivamente fortaleciendo a la burguesía y al imperio. No es lo mismo una huelga impulsada contra el patrón explotador, para arrancarle migajas de sus beneficios que un paro contra el Gobierno de los trabajadores, cuyo efecto inmediato es privarlo de recursos para continuar la acción revolucionaria. Ni carece de importancia, según la expresión de ciertos "idealistas" intelectuales, la caída de este Gobierno, ya que ella redundaría en una feroz ofensiva contrarrevolucionaria que derrumbaría a la clase obrera chilena y heriría en el corazón a todos los pueblos latinoamericanos.

MISION DEL SOCIALISMO CHILENO

Creo en el futuro del partido y confío en su consolidación ideológica a través de un "replanteo" o una "reformulación" del programa. Cuando en 1946 surgió en Concepción la nueva directiva que aplastó al reformismo y condujo al partido hacia concepciones marxistas-leninistas, se dió un paso muy importante para construir una vanguardia consciente y eficaz de los trabajadores chilenos. El error fué la subestimación de la teoría, es decir una "falla humana" imputable al conductor principal del equipo dirigente, que revivió irresponsablemente el "caudillismo" a costa de la elaboración programática y estratégica.

La dirección surgida del Congreso de La Serena en 1970, refleja igualmente un anhelo de "rectificaciones". Le faltan la intransigencia revolucionaria pero no le ha dado muestras hasta ahora de "comprender" en toda su cabalidad los peligros de una dispersión doctrinaria que haga efímeras las conquistas políticas prácticas. Como viejo cuadro del socialismo chileno veo con temor y me atrevería a decir "con terror" esta desaprensión reflejada en publicaciones contradictorias y pobres, por lo que reclamo con energía un torneo serio, creador, constructivo, que defina la esencia de la etapa de transición y de la revolución socialista, apoyándose en la tradición partidaria y proyectándola hacia la victoria definitiva.